

LA EXPERIENCIA DE DIOS EN LA VIDA DEL MONJE²

Por experiencia de Dios en la vida del monje, queremos significar la experiencia cristiana en su integridad. Según mi propia experiencia como monje, nunca he podido separar mi experiencia de Dios en mi vida interior personal, de mi experiencia de Dios en la vida de los demás, según como yo la sentía en ellos. Cada una de las dos experiencias mana de la otra y afecta a la otra, y ambas forman juntas una sola y misma experiencia que es la experiencia de Dios en la vida del hombre.

El monje, heredero de la historia espiritual de la humanidad

A mi parecer, la experiencia de Dios en el Ego, y en el Otro, experimentada por un hombre espiritual, es la herencia de la humanidad desde el comienzo de la creación. En los períodos en que los hombres perdían completamente esta experiencia a lo largo de los siglos de tinieblas y de pecado, la misma volvía con más vigor en la vida de los profetas.

Así, la humanidad nunca ha perdido completamente la experiencia de Dios. Creo igualmente que la sucesión de siglos de tinieblas en el

¹ Primer copto universitario en hacerse monje (1948), el Padre MATTA-EL-MASKÎNE (Mateo el Pobre) fue uno de los pilares de la renovación monástica que conoce hoy la Iglesia copta. Desde 1969, fue el padre espiritual del monasterio de San Macario en el desierto de Wadi-el- Natroun (Egipto). Falleció el 8 de junio del 2006. Ha escrito numerosos libros y artículos de alta calidad espiritual. Cinco de sus libros están disponibles en lengua francesa en las Éditions de Bellefontaine (Abbaye de Bellefontaine, F 49122 Bégrolles-en-Mauges), en la colección "Spiritualité orientale": *Prière, Esprit Saint et unité chrétienne* (nº 48), *La communion d'amour* (nº 55), *Saint Antoine, ascète selon l'Évangile* (nº 57), *L'expérience de Dieu dans la vie de prière* (nº 71), *La nouvelle création de l'homme* (nº 74).

² Publicado en la revista *Louvain*, nº 97 de abril 1999 y en *Supplément au SOP* nº 239, junio 1999.

Traducción del francés realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb, de la Abadía *Gaudium Mariae*, Córdoba, Argentina.



pueblo de Dios y la luz de la experiencia divina en la vida de los profetas representan, bajo una forma anticipada y ampliada, la vida presente de cada hombre en Cristo, con todos sus períodos de tibieza y de luz. A lo largo de su vida, el monje, asocia a la vez la vida de un pueblo ignorante y la de un profeta. Representa así de modo general y perpetuo, la vuelta del hombre a Dios y su adhesión a Él.

Tan deseoso como he sido siempre de ver en mí el monacato como una simple vida cristiana, que en nada se distingue de la vida de cualquier cristiano en el mundo, sin embargo no puedo ignorar una realidad espiritual que siento y experimento en mí mismo, pero de la que raramente encuentro el equivalente en la vida de los cristianos que viven en el mundo. Esta realidad espiritual es la profundidad y la extensión de mi experiencia de Dios en los demás.

La experiencia de Dios en los demás

He descubierto que entre las personas que viven en el mundo, muchos poseen una vida interior cristiana más fuerte y más profunda que la mía, pero raramente he encontrado entre ellas personas que posean mi experiencia de Dios en los demás, con toda su fuerza y para expresarlo mejor, con toda su violencia y su profundidad. He adquirido esta experiencia en mi vida monástica como resultado inmediato de una vida de soledad, de intimidad, de oración y de meditación profunda del Antiguo y del Nuevo Testamento y de las Vidas de los primeros Padres del monacato.

Puedo por lo tanto afirmar que la extensión de “la experiencia de Dios en los demás” es una distinción que caracteriza a la vida cristiana en el estado monástico. Esto es contrario a todo lo que piensa la gente, y a lo que piensa el mismo monje. Es incluso contrario a la razón tradicional e inmediata que, hasta el presente, ha motivado a los hombres a llegar a ser monjes: “¿Por qué quieres ser monje?”... “Para salvar mi alma”.

Esa no es exclusivamente mi experiencia; es, en realidad, en un determinado grado, pero de un modo muy profundo, la realidad experimental de cada monje, lo sepa o no, lo quiera o no. Su experiencia de Dios en su vida interior, por nueva e importante que pueda parecerle, es relativamente menor que la que adquiere efectivamente a partir de la experiencia de Dios en la vida de los demás o más bien en la vida de la humanidad tomada en su conjunto, independientemente de su deseo de retiro del mundo por su propio interés, y de su preocupación por su propia salvación.

Mi argumento para afirmar esto es que la experiencia de Dios en los demás, adquirida por todos los santos Padres del desierto cuya vida monástica o más bien cuya vida cristiana, ha sido lograda, ha superado de

lejos su experiencia personal. Este hecho está atestiguado por sus propias confesiones. No tengo la intención de discutir ese hecho citando sus escritos, que son bien conocidos, manifiestos y numerosos. No hay probablemente santo que, en los últimos días de su vida, no haya confesado sus límites afirmando que lo que ha escrito y dicho a partir de su experiencia de Dios en los otros o en el hombre en general, sobrepasaba todo lo que había experimentado personalmente.

¿Puedo aquí apoyar esta confesión de los santos con una confianza personal? Lo que Dios me ha concedido con respecto a la experiencia que concierne a las almas de los demás, supera de tal manera lo que Él me ha dado en lo que me concierne personalmente, que, por decirlo así, yo como las migajas que caen de la mesa que Dios ha preparado para los demás por mi mediación.

Nos encontramos aquí delante de un hecho que no podemos y no debemos ignorar: la experiencia de Dios en la vida del monje en lo que le concierne personalmente, es siempre limitada, mientras que la experiencia de Dios que él va adquiriendo crecientemente respecto de los demás es sin límite. Sin embargo, es el progreso de la vida interior del monje, en su experiencia personal con Dios, lo que desarrolla en él la experiencia, más grande y más profunda, concerniente a los demás. Ésta última sobrepasa siempre sus posibilidades personales.

Se comprueba pues que la vida monástica, gracias a su experiencia de intimidad y de soledad personal con Cristo –con la condición de que éstas sean auténticas–, es una realidad apostólica y profética gracias a la obra del Espíritu Santo en el alma totalmente sometida a Dios. El alma es entonces espontáneamente conducida a vivir la experiencia de Dios en medio del don de sí, más que buscando recibir allí alguna cosa. Por don de sí, no entendemos necesariamente hacer, predicar, enseñar o escribir, sino estar presto y disponible.

Así, para hablar de la experiencia de Dios en la vida del monje, estamos obligados a tratarla desde dos niveles: el de la experiencia de Dios que el monje adquiere para sí mismo y el de la experiencia de Dios que adquiere para los demás. Nosotros no nos ocuparemos aquí más que del primer nivel.

La experiencia de Dios en la vida del monje en lo que le concierne personalmente

No queremos hablar aquí de todos los mojes, como si la vida monástica, por sus formas exteriores y sus observancias, pudiera otorgar ciertos dones a cualquier clase de persona; eso sería a la vez inaceptable

y disparatado.

El monje del que hablamos es un hombre que se ha retirado del mundo y permanece en este estado, en el sentido de que ha emigrado de su patria terrestre para siempre y sin retorno, para hacer del cielo su morada. Es un éxodo semejante al de Abrahán, de Ur, en Caldea. No es inspiado sin embargo, como el de Abrahán, por una voz audible o una visión, sino más bien por el llamado de la eternidad. Este éxodo es una respuesta a una vocación que el monje siente en la profundidad del Hombre Nuevo creado en él por Cristo Resucitado. Él es quien ha insuflado Su Espíritu Santo, le ha preparado el camino de la eternidad y le ha abierto las puertas del cielo.

Renunciar al mundo, para volver a Dios

Aquí nos encontramos espontáneamente frente a la primera experiencia de Dios en la vida del monje: la que experimenta alejándose del mundo.

Puede parecer a los otros o al mismo monje que huye del mundo para evitar toda responsabilidad, liberarse de deberes que juzga muy apremiantes, o desertar a consecuencia de un choque que le ha hecho perder confianza en sí mismo o en los demás, o a causa de un sentimiento devastador de culpabilidad, que lo impulsa a gustar los sufrimientos monásticos y las privaciones como una compensación psíquica.

A lo mejor puede parecerle al monje que él se aleja del mundo por amor a Cristo, en búsqueda de calma y de oración, o llevado por un vivo deseo de santidad y de ser célibe por amor a Dios.

Ya sea por una razón o por otra, ya sea la mejor o la peor de las hipótesis, cualesquiera sean las causas inmediatas y evidentes de su éxodo lejos del mundo, existe para todo hombre que busca vivir con Dios como monje una causa radical, común, profundamente oculta detrás de todo éxodo. Esta causa puede ser consciente o no serlo. Es el instinto de retorno del hombre a Dios, instinto inscripto en lo más profundo de la naturaleza humana y que en cada hombre aparece bajo una forma limitada, como un estado de arrepentimiento hacia Dios, profundamente experimentado en el corazón, se responda a él o no.

Este instinto de retorno del hombre a Dios es una parte integrante de la naturaleza misma del hombre. En realidad, es el instinto más vital y el más sagrado del que está dotado el hombre en su naturaleza creada, porque es casi el único instinto que ha asegurado hasta el presente la supervivencia del hombre sobre la tierra y que ha preservado su vida del aniquilamiento causado por la cólera de Dios.

Así, cualesquiera sean las causas visibles e inmediatas que impulsan a un hombre a dejar el mundo para llevar la vida monástica, el instinto de retorno del hombre a Dios predomina sobre todas. Sin este instinto natural, inherente a nuestra misma existencia, ningún motivo, por poderoso y convincente que sea, podría dirigir nuestros pasos fuera del mundo.

Abrahán deja Ur en Caldea *sin saber a dónde iba* (Hb 11,8). No se preocupaba por eso, porque su éxodo trascendía el cambio de lugar. Partía para ir con Dios, hacia Dios, al sitio escogido por Dios. Cuando Abrahán fue capaz de establecerse en Dios, pudo abandonar su tierra natal, y no a la inversa. El sentimiento de desafección con respecto a la tierra (que es una virtud monástica) no puede preceder al sentimiento de ser ciudadano del cielo. De otro modo no sería auténtico y correría el riesgo de extraviar al monje.

El éxodo de Abrahán de Ur en Caldea es el modelo de la respuesta del ser humano a este instinto de retorno del hombre a Dios.

El monje es un hombre en quien este instinto se ha despertado, sea bajo la acción de una causa secundaria, sea sin causa manifiesta. En su abandono del mundo, él representa un prototipo de humanidad en su expresión más noble que prefiere establecerse en Dios y confirmar con los hechos una verdad evangélica: la precariedad de este mundo, antes de que este mundo desaparezca.

El valor espiritual de la experiencia del monje en su éxodo del mundo

Así como no ha habido nunca en toda la historia de la humanidad una experiencia de Dios más desdichada que la de Adán y Eva, expulsados lejos de la presencia de Dios y arrojados por el ángel fuera del jardín del Edén, así no hay ninguna experiencia de Dios en la historia del hombre más exquisita y más noble, que la de un joven o la de una joven que deja el mundo con toda libertad y vuelve a Dios, con un ardiente deseo de vivir y de permanecer con Él para siempre.

Puede parecer a los demás e incluso al que busca la vida monástica, que deserta del mundo a causa de un sentimiento de falta, de angustia, de vacío interior, para buscar plenitud, consuelo y favor de Dios. Pero esto es pura ilusión, proveniente de la flagrante desproporción entre lo que abandonamos y lo que adquirimos, porque aparentemente dejamos el mundo, sus preocupaciones y sus inquietudes para obtener la vida eterna y su alegría. Así se presenta aparentemente el éxodo del monje hacia el monasterio.

No obstante, la realidad es diferente de las apariencias. La energía espiritual que nos llena en el momento de nuestro éxodo y que nos lleva al monasterio es, en realidad, de un poder muy grande. Por medio de su

fuerza, su eficacia, su persuasión y su alegría, ella nos da todo lo que nos capacita para una vida perpetua con Dios. En otros términos, esta energía anima por sí sola a la vida monástica en su integralidad y en su forma más lograda. No obstante, ella no se detiene en su fase inicial de fuerza necesaria para dejar el mundo y para establecerse en Dios. Ella se desenvuelve en nosotros, en nuestra vida monástica, a fin de procurarnos toda la fuerza de la que nosotros necesitamos para deshacer el yo egoísta y para superar los numerosos obstáculos que se oponen a ello, las causas de los pasos en falso, y para crecer en el amor y el sacrificio.

Así, la experiencia de Dios en el monje, en su éxodo del mundo, puede ser considerada como el fundamento sobre el cual él construirá todas sus experiencias ulteriores de Dios, sobre todo si, desde el comienzo, él la ha captado y asimilado, la ha querido como un don de Dios, y la guarda en su corazón y en su espíritu, meditándola cada día delante de Dios. Responde así con todo su corazón, con todo su espíritu y con toda su voluntad, al instinto de retorno a Dios: *Iré cumpliendo mis votos día tras día* (Sal 60,9).

Es así como, a todo lo largo del camino, podemos conservar esta energía de abandono del mundo para establecernos en Dios con todo su dinamismo inicial.

Dejar el mundo es un aspecto de la “plenitud de Cristo” (Ef 4,13)

Cuando el Señor deja el Jordán, *lleno del Espíritu Santo* (Lc 4,1), se esperaba que Él fuera a predicar, enseñar, curar las enfermedades de los hombres, porque todo eso estaba de acuerdo con un estado de plenitud. Se lo ve, por el contrario, internarse solo en el desierto, ayunando, aislándose del mundo, de sus allegados, e incluso de sus propios discípulos.

Es pues evidente que no se ha retirado por necesidad de plenitud, ni por alguna otra necesidad. Su marcha prueba aquí que el éxodo y el alejamiento del mundo son uno de los aspectos de la plena madurez de Cristo, con el mismo título que el Bautismo, la Crucifixión y la Resurrección. A lo largo de esos cuarenta días de ayuno, Cristo ha inaugurado para la humanidad un aspecto necesario de la plenitud en el Espíritu. Su soledad no tenía como meta adquirir esta plenitud, sino que era más bien una consecuencia de ella.

A lo largo de esos cuarenta días, Cristo deja el mundo en interés del mundo; se alegra de los hombres en interés de los hombres; abandona a sus discípulos en interés de sus discípulos. Cristo tomó consigo a toda la humanidad —en Sí mismo— fuera de ese mundo que la engañaba; Él la condujo fuera de su morada terrestre para establecerse con ella en el de-

sierto, con el Padre, lejos de los deseos de la carne, de la concupiscencia de los ojos y del orgullo de la vida. En este éxodo y en esta soledad bendita, Cristo ha transmitido al hombre Su victoria sobre Satanás, en el transcurso de los tres combates que representan los tres puntos débiles de la humanidad, que la conducen a su caída.

Es por eso que los cuarenta días se han convertido en un aspecto de la plena madurez del Hombre Nuevo. Este aspecto es heredado de Cristo en su perfección y su victoria, con el mismo título que el Bautismo, la Crucifixión y la Resurrección. El monacato ha retomado este aspecto y lo ha transformado en una vida entera: para el monje, no está más la Cuaresma de cuarenta días, sino la Cuaresma de la vida.

Llevar consigo al mundo en el lugar de Dios

El monacato en Cristo es en sí un aspecto de plena madurez; no es resultado de la impotencia o del vacío interior, de la desesperación o de la ambición, sino que es la plenitud de Cristo, el Cristo del desierto, lleno del Espíritu, el Cristo de los cuarenta días y de las cuarenta noches, el Cristo del ayuno, de la soledad y del alejamiento del mundo.

Por eso la vida monástica consiste en salir del mundo con Cristo, en interés del mundo; aislarse de los hombres con Cristo, en interés de los hombres.

En realidad, un monje no sale del mundo, incluso cuando parece obrar así, sino que en realidad hace salir al mundo en su seguimiento para conducirlo hacia Dios. En su éxodo, el monje no se retira lejos de los hombres, sino lejos de sí mismo a fin de poder atraerlos a todos hacia Dios.

Sin embargo, saliendo del mundo y cortándose de los hombres, el monje no puede sentir o creer que él lleva el mundo hacia Dios o que él atrae a los hombres hacia Dios: él se encuentra profundamente concentrado en sí mismo, arrancándose del mundo con una extrema dificultad, mientras el mundo con sus deseos se engancha a su piel; las voces de la familia, de sus amigos, de sus consejeros, de los que lo aman, lo detienen, obstaculizan su ruta, trastornan y embrollan de tal manera, en su corazón, el llamado de la eternidad, que está a punto de perder el espíritu.

Con todo, si logra salir del mundo y cumplir su éxodo, el monje prueba que ha trascendido al mundo y esto, a su vez, quiere decir que ha adquirido el poder necesario para atraer al mundo en su seguimiento y presentarlo a Dios.

Del mismo modo, la separación de su familia, de sus amigos, de los que lo aman y que le son queridos, significa que el monje se ha dominado y se ha anonadado a sí mismo. A través de este dominio y este ano-

nadamiento llevados a cabo con su separación del mundo, el monje prueba que él es para el don y para el sacrificio, sin dejar su morada. El llamado para obrar no necesita ir al mundo ni aproximarse a las personas. Si el monje es bien consciente de su plenitud en Cristo, puede atraer al mundo hacia él, elevar a la gente a su nivel, sin por eso dejar el lugar de su soledad.

*Monasterio de San Macario (Dayr Maqariyus)
Wadi-el-Natroun, EGIPTO*